

First Submitted: 1 September 2020 Accepted: 1 December 2020

DOI: <https://doi.org/10.33182/y.v1i1.1304>

## Extractivismos y democracia. Un escenario de relaciones incestuosas

Alberto Acosta<sup>1</sup>, John Cajas-Guijarro<sup>2</sup>

### Resumen

*Aquellos países periférico-dependientes, especializados en exportar bienes primarios y financiar fuertemente sus economías con esas exportaciones, al parecer son condenados a la pobreza justamente porque son 'ricos' en recursos naturales. Esta interacción entre periferia, dependencia, y extractivismos parece atrapar a las sociedades en una lógica perversa que consolida estados y economías que viven de la renta de la Naturaleza. Estos regímenes extractivistas, de un presidencialismo exacerbado, con un enfoque clientelar de atención de demandas sociales, no abordan estructuralmente las causas de la pobreza y marginalidad. Mientras los significativos impactos ambientales y sociales, propios de estas actividades extractivistas a gran escala, aumentan la ingobernabilidad, lo que a su vez exige nuevas respuestas represivas. En ese contexto, el ejercicio de la democracia – y hasta de las libertades – se supedita a los ciclos de los precios de los commodities. El saldo resulta evidente, a más extractivismo menos democracia.*

*Palabras clave: democracia; extractivismo; recursos naturales; rentismo; autoritarismo*

### Abstract

#### **Extractivism and Democracy. A scene of incestuous relationships**

*Those peripheral-dependent countries, specialized in exporting primary goods and heavily financing their economies with exports, seem to be condemned to poverty precisely because they are 'rich' in natural resources. This interaction between periphery, dependency, and extractivism seems to trap societies in a perverse logic that consolidates states and economies that live off the rent of Nature. These extractivist regimes, of an exacerbated presidentialism, with a clientelistic approach to attending to social demands, do not structurally address the causes of poverty and marginality. While the environmental and social impacts, typical of these large-scale extractive activities, used ungovernability, which in turn requires new repressive responses. In this context, the exercise of democracy - and even freedoms - is subject to the cycles of commodity prices. The balance is evident, more extractivism, less democracy.*

*Keywords: democracy; extractivism; natural resources; rentism; authoritarianism*

### Introducción

*“Toda la historia del petróleo está repleta de criminalidad, corrupción, el crudo ejercicio del poder y lo peor del capitalismo de frontera”.*

(Watts, 1999)

Las naciones ‘ricas’ en recursos naturales vivieron una auténtica bonanza exportadora a inicios del presente siglo; bonanza inducida particularmente por la demanda propia del acelerado ascenso económico de China y por los mercados de futuros, eufemismo para embellecer la

<sup>1</sup> Economista ecuatoriano. Quito, Ecuador. Correo electrónico: [alacosta48@yahoo.com](mailto:alacosta48@yahoo.com)

<sup>2</sup> Universidad Central del Ecuador. Quito, Ecuador. Correo electrónico: [cajasjohn@yahoo.com](mailto:cajasjohn@yahoo.com)



especulación financiera más aun luego de la crisis de 2007-2009. Muchas de estas naciones, dominadas por estructuras capitalistas periférico-dependientes y por élites rentistas, poseen una acumulación capitalista sustentada en modalidades primario-exportadoras de orígenes coloniales, las cuales llevan a la consolidación de múltiples *extractivismos*. Cabe aclarar que el concepto *extractivismo* es relativamente reciente. Surgió a mediados del siglo XX como *industrias extractivas*, volviéndose popular por la promoción de organismos internacionales como el Banco Mundial y de las Naciones Unidas; pero su mayor importancia simbólica emerge desde las resistencias a dichas *industrias* (Gudynas 2015).<sup>3</sup>

Cual maldición originaria, la dependencia en los extractivismos no pudo superarse durante la bonanza exportadora. Al contrario, estos países exacerbaron su exportación primaria sin generar transformaciones estructurales al interior de sus economías y sociedades, a pesar de disponer de enormes ingresos para financiar esa tarea y de conocer por décadas de experiencia histórica que los extractivismos frenan cualquier empeño transformador. Así, bajo la falsa ilusión de alcanzar la quimera del *desarrollo*, la condición periférico-dependiente incluso terminó acentuada. Además, la bonanza más bien se empleó en generar una falsa imagen de “estabilidad”, fomentar el consumismo en estratos medios, aplicar grandes ejercicios de propaganda, y muchos otros mecanismos que permitieran a los gobiernos del momento ganarse simpatías políticas que incluso les permitieron ganar varias elecciones populares (al menos hasta antes de que termine el boom).

La falta de transformaciones estructurales que cambien las modalidades de acumulación y el desperdicio de una bonanza histórica (desperdicio donde la lógica política cortoplacista dominó a la planificación económica de largo plazo) dejan un resultado contundente: al caer la demanda y los precios internacionales de los *commodities*, estas economías han caído en una nueva –y prolongada– crisis. Una crisis que no solo es de carácter económico, sino también político sobre todo porque el desencanto generado por el desinfe económico de los “progresismos” creó el espacio oportuno para que varias viejas derechas neoliberales retornen al poder. Además, en estos capitalismo periférico-dependientes, los extractivismos generan economías y Estados rentistas, sociedades clientelares, regímenes autoritarios y sistemas políticos de dudosa condición democrática, en donde la concentración de la riqueza se acompaña con violencias, corrupción, y un manejo abusivo e irresponsable del poder político. Para colmo estos países, que pasaron del derroche al estancamiento económico local, también sufren la pandemia de Covid-19 y la gran crisis global, la cual torpemente buscan enfrentar con más extractivismos.

## **La maldición de la abundancia**

Aquellos países periférico-dependientes, especializados en exportar bienes primarios y financiar fuertemente sus economías con esas exportaciones, al parecer son condenados a la pobreza justamente porque son ‘ricos’ en recursos naturales (Schuldt 2005). Esta interacción entre periferia, dependencia, y extractivismos parece atrapar a las sociedades en una lógica perversa que puede entenderse como “paradoja de la abundancia”, “maldición de los recursos” o, siendo provocadores, una “maldición de la abundancia” (Acosta, 2009, 2010,

---

<sup>3</sup> En Brasil este término puede llevar a confusiones, puesto que es comúnmente utilizado en actividades de conservación, por ejemplo, la extracción sustentable de la castaña amazónica.



2020). Este enfoque de las “maldiciones” también se nutre de muchas reflexiones, incluyendo a las teorías de la dependencia (Acosta 2016).

Vale aclarar que esta “maldición” no solo nace de la alta participación de productos primarios en las exportaciones, sino de su combinación –*simultánea* y *dialéctica*– con una ubicación periférica y dependiente en la división internacional del trabajo y en la red de comercio global creada en el sistema-mundo capitalista (Cajas-Guijarro y Pérez-Oviedo, 2019). Asimismo, esta “maldición” se refuerza con la presencia de élites rentistas y que muchas veces se conforman con subordinarse a los intereses de capitales transnacionales.

Desde las Colonias, se vinculó a muchas sociedades al mercado mundial bajo estructuras periféricas, dependientes y primario-exportadoras. Tal origen fue crucial para sostener la acumulación originaria del naciente capitalismo (primero en Europa y luego a escala global), así como consolidar élites aliadas o sumisas a los capitales de los países centrales, todo lo cual ha marcado la historia de estos pueblos: su vida, su organización social, e incluso su futuro, están dominados por un pasivo y débil posicionamiento en la división internacional del trabajo.

La condición extractivista incluso genera graves volatilidades económicas. Por ejemplo, al tomar información del Banco Mundial sobre el peso de las exportaciones no manufacturadas (*proxy* de exportaciones primarias) de 2017 y se la compara con la “volatilidad acumulada” del crecimiento del PIB entre 1969-2017, se nota que para 89 países con información disponible las exportaciones primarias están positivamente correlacionadas con la “volatilidad” del crecimiento. Asimismo, existen importantes volatilidades políticas: es larga la lista de gobiernos de países dependientes que han sido removidos al vaivén de los precios de los productos primarios. Apegados a esta lógica, los esfuerzos de estos países son estériles en su carrera hacia la quimera del *desarrollo*.

Existe evidencia y experiencias acumuladas para afirmar que las limitaciones de los países periféricos-dependientes para asegurar bienestar a su población están relacionadas con su alta dependencia en riquezas naturales (Schuldt y Acosta, 2006). Es como si dicha dependencia condena a varios países al *subdesarrollo* (contracara del *desarrollo*, si aún podemos usar ese inútil concepto). En particular, la abundancia de recursos como petróleo o minerales tiende a distorsionar las estructuras económicas (como ejemplifica la *enfermedad holandesa* [Schuldt, 1994]); un posible ejemplo es la *heterogeneidad estructural* (Pinto 1970), en donde sectores altamente productivos y tecnificados vinculados al mercado mundial se distancian de otros de baja productividad y enfocados al mercado interno, lo cual aumenta la vulnerabilidad de los países al competir con otros, o incluso al momento de buscar integraciones económicas regionales.

Entre esas distorsiones se evidencia una distribución regresiva del ingreso nacional, una gran concentración de la riqueza en pocas manos, además de una exacerbada extracción de valor económico desde las periferias hacia los centros capitalistas. Por ejemplo, con información del Banco Mundial del índice de Gini<sup>4</sup>, la proporción de población pobre (ingreso menor a 5,50 dólares al día) y la participación de productos no manufacturados en las exportaciones (como aproximación a productos primarios), en 2017 se encuentra que: para 60 países con información disponible, la participación de los productos primarios en las exportaciones está

<sup>4</sup> Recordando que el índice de Gini es un indicador de desigualdad que va de 0 (máxima igualdad) a 1 (máxima desigualdad).

positivamente correlacionada tanto con la desigualdad del ingreso como con la pobreza. Es decir, a mayores exportaciones primarias se tiende a mayor desigualdad y pobreza. Asimismo, los extractivismos tienden a exacerbar varias patologías como autoritarismos y corrupción, fenómenos tan propios del capitalismo, sobre todo en su versión periférica-dependiente. El caso de corrupción de Odebrecht en Latinoamérica es ejemplo de ello, en donde hasta jefes de Estado han sido salpicados y hasta encarcelados (Gudynas, 2017; Acosta y Cajas-Guijarro, 2017).

Pese a múltiples argumentos en contra, persiste el dogma del *libre mercado* y de las ventajas comparativas, lo cual para muchos países de la periferia capitalista implica profundizar los extractivismos. Los defensores de esta postura predicen que se debe aprovechar aquellas ventajas otorgadas por la Naturaleza y aprovecharlas al máximo, mientras que el libre comercio genera una asignación “óptima” de recursos. Aquí podemos incluir otros dogmas que acompañan a los extractivismos: la *globalización* (por cierto, debilitada con la crisis del coronavirus), el mercado como regulador inigualable (excepto en crisis, cuando necesita apoyo estatal), las privatizaciones (privatización de la propiedad pública a cambio de socializar pérdidas privadas), la competitividad como virtud (conseguida en muchos casos sobreexplotando al ser humano y a la Naturaleza).

### **Entretelones de una antigua maldición**

Podría creerse que el principal problema de los países ricos en recursos naturales es la forma como extraen dichos recursos y distribuyen los frutos de su extracción; aquí suelen agregarse los problemas creados por los intereses transnacionales que afectarían el funcionamiento y la existencia de las instancias estatales nacionales. Así, muchas veces la discusión se enfrasca en definir la participación del Estado en la extracción y las exportaciones primarias, pero el problema es más profundo y no solo económico.

Los países que exportan masivamente recursos naturales tienden a presentar mayor desigualdad y pobreza. Asimismo, la experiencia histórica muestra que en los países extractivistas persisten las crisis económicas recurrentes, y hasta parecen consolidarse mentalidades ‘rentistas’. A más de deteriorar el medioambiente, los extractivismos profundizan la débil *institucionalidad formal*, alientan la corrupción, exacerban las prácticas clientelares y patrimonialistas, y frenan la construcción de ciudadanía y democracia.

Es decir, la “maldición de la abundancia” envuelve a todas las dimensiones de la sociedad, provocando varios “efectos derrame” (Gudynas 2015) proyectados más allá de la localización espacial de cada actividad extractiva. Estos efectos van desde las afectaciones materiales a la Naturaleza hasta los deterioros de diversas políticas públicas y de los sentidos de la política, la justicia y la democracia. También los “derrames” impactan en relaciones de propiedad, soberanía y vínculos entre países. Incluso las perspectivas de *desarrollo* y *progreso* se atan a los extractivismos bajo el argumento de que, si los países quieren *desarrollarse*, no pueden aislarse del mercado mundial. Asimismo, surge un escaso interés por invertir en el mercado interno. Esto impide integrar el sector exportador con la producción nacional, provocando dinámicas de *enclave*. También, las exportaciones financian una fuerte preferencia por las importaciones, al punto que estas sociedades prefieren lo “*made in cualquier parte*” antes que los productos locales, lógica perversa que se combina con las tendencias al consumismo exacerbadas incluso por los propios gobiernos en épocas de bonanza.



La “maldición” impide hasta descubrir las potencialidades propias. Esto podría responder a lo relativamente fácil que es aprovechar las rentas ganadas de la sobreexplotación de la Naturaleza y de una mano de obra barata propia de los países dependientes (Marini, 1973). El beneficio de estas actividades va a las economías ricas, importadoras de recursos primarios que luego los procesan y comercializan productos terminados, muchas veces vendidos a los propios exportadores-primarios. Mientras, estos últimos sufren no solo un intercambio económica y ecológicamente desigual, sino que también se llenan de pasivos ambientales y sociales. A su vez, las élites de las sociedades periféricas se enriquecen concentrando tanto los negocios de las exportaciones de productos primarios como las importaciones de manufacturas.

Si se contabilizaran los costos económicos de los impactos sociales, ambientales, productivos y de desigualdad causados por los extractivismos, así como los subsidios ocultos en estas actividades, desaparecerían muchos de sus “beneficios económicos”. Sin embargo, tal contabilidad no interesa a los países centrales que externalizan sus costos a la periferia. Aquí también cabe reconocer la existencia de impactos económicamente no cuantificables, pues hay dimensiones de la vida que no admiten un precio.

Aparte de externalizar costos, pocos grupos poderosos y transnacionales concentran gran parte de las rentas de la Naturaleza. Estos grupos bien pueden recoger a amplios segmentos empresariales rentistas, así como a burocracias sustentadas en las rentas extractivas. Tales grupos pueden terminar bloqueando las alternativas productivas para los mercados domésticos y hasta prefieren fomentar el consumo importado. Con frecuencia estos grupos sacan sus ganancias del país, manejan sus negocios con empresas afincadas en ‘paraísos fiscales’, y son los primeros interesados en sostener el *statu quo* propio de la dependencia...

En definitiva, varios países de la periferia capitalista poseen estructuras políticas e institucionales que, junto con el poder de las élites locales, vuelven casi inviable invertir los ingresos por exportaciones primarias en fortalecer las economías internas. Es más, este entramado incluso complica invertir en las propias actividades exportadoras. Así, por ejemplo, la industria de refinación petrolera –distinta de las actividades de extracción– se ha desarrollado casi exclusivamente en países industrializados importadores de crudo, y no en países que lo extraen y exportan, exceptuando Noruega<sup>5</sup>.

Igualmente, cabe considerar el papel de la especulación sobre las rentas extractivistas. En los mercados financieros internacionales, los precios de varios recursos naturales (como petróleo y otros *commodities*), muestran fluctuaciones drásticas y desvinculadas de la economía real. Como resultado, se vuelven altamente volátiles los ingresos de varios países exportadores periférico-dependientes, lo cual acentúa las distorsiones económicas, políticas y sociales en general. También queden condicionadas las dinámicas internas de estos países a los requerimientos del mercado mundial. Un triste ejemplo es el impulso para ampliar las fronteras extractivistas, sin importar las tensiones sociales y ambientales provocadas por dicha expansión.

Aquí vale recalcar que es imposible que todos los países que exportan productos primarios similares crezcan esperando que la demanda internacional sea suficiente para absorber su

---

<sup>5</sup> Noruega ya era un país capitalista “desarrollado” cuando empezó a exportar petróleo y tenía las condiciones socioeconómicas, a más de una fuerte institucionalidad democrática, para manejar de manera sustentable los ingresos obtenidos. Pero ni ese manejo “responsable” hace que en dicho país desaparezcan los impactos sobre la Naturaleza.

oferta. Es más, la demanda de varios productos primarios puede volverse incierta particularmente en crisis como la del coronavirus (p.ej. colapso de demanda de petróleo). El control real de esas exportaciones depende de la demanda de los países centrales. Incluso muchas empresas estatales de economías primario-exportadoras (con la anuencia de los respectivos gobiernos, por cierto) parecerían programadas para reaccionar solo a impulsos foráneos. De hecho, las operaciones de empresas estatales suelen producir tan o más graves impactos socioambientales que las transnacionales. Además, en ocasiones estos entes estatales apelan al nacionalismo para romper las resistencias de comunidades opuestas a ampliar las fronteras extractivas.

La dependencia en los mercados foráneos se acentúa en las crisis, pues casi todos los países periférico-dependientes exportadores de recursos primarios amplían las tasas de extracción de dichos recursos, incluso pese a que sus precios bajan. Esta realidad beneficia a los países centrales: mayor suministro de materias primas –petróleo, minerales o alimentos–, en épocas de precios deprimidos, ocasiona una sobreoferta, reduciendo aún más sus precios, generando una dinámica de “crecimiento empobrecedor” (Baghwaty, 1958). Asimismo, cabría pensar en el posible vínculo entre los precios de los productos primarios de exportación y los ciclos del capitalismo mundial (Kondratieff, 1935), con énfasis en los ciclos de economías extractivistas. Incluso las posibilidades de alcanzar la integración regional se frenan si los países vecinos producen similares materias primas, compiten entre sí, deprimen sus precios de exportación, y no logran encadenar en bloque sus procesos productivos.

De hecho, son muy limitados los encadenamientos productivos incluso generados desde las propias actividades extractivistas. En muy raras ocasiones dentro de los países extractivistas periférico-dependientes emergen conglomerados productivos alrededor de los extractivismos; tampoco emergen para satisfacer al mercado interno o diversificar la oferta exportable. Estas condiciones, además de sus características tecnológicas, hacen que los extractivismos tampoco promuevan una masiva generación de empleo, lo cual deteriora la distribución del ingreso. Así, las actividades extractivistas no requieren del mercado interno e incluso pueden funcionar con relativa independencia de los niveles salariales. No hay la presión social para reinvertir en mejoras de productividad ni a respetar la Naturaleza. Es más, la renta natural, en tanto fuente principal de financiamiento, determina la actividad productiva y el resto de las relaciones sociales.

Para colmo, el extractivismo –sobre todo petrolero o minero– promueve relaciones sociales perniciosas: véase, por ejemplo, las relaciones e inversiones comunitarias en donde las empresas extractivistas terminan sustituyendo al propio Estado, al dotar de servicios sociales, sin que ésta sea su función específica. Sin duda, entre los objetivos destaca la búsqueda –perversa– de legitimar la propia extracción de recursos naturales aprovechando las carencias de poblaciones que viven en los territorios. Otro elemento social pernicioso que aquí emerge es el fortalecimiento de un esquema cultural dependiente del exterior, que minimiza o definitivamente margina las culturas locales (y en varios casos, directamente las extermina). Además, se consolida un “modo de vida imperial” (Brand y Wissen 2017) en élites y estratos medias, con un efecto demostración incluso en segmentos populares.

Otro grave problema de los extractivismos son las violencias propias de un *modelo biocida* y que pasan por diversos grados: represión estatal, criminalización de los defensores de la vida, guerras civiles, guerras abiertas entre países, agresiones imperiales por parte de algunas potencias empeñadas en asegurarse por la fuerza los recursos naturales, sobre todo



hidrocarburíferos o minerales en los últimos tiempos. La violencia en la apropiación de recursos naturales extraídos mediante el atropello a los Derechos Humanos y los Derechos de la Naturaleza, “no es una consecuencia de un tipo de extracción, sino que es una condición necesaria para poder llevar a cabo la apropiación de recursos naturales”, como señala Eduardo Gudynas (2013, p.11).

Pero hay más. Los Estados rentistas construyen un marco jurídico favorable a las empresas extractivistas que, en varias ocasiones, aprovechan que sus propios exfuncionarios o intermediarios están incrustados en los gobiernos: el efecto de “puertas giratorias”. Igualmente, hay todo un aparato de abogados, técnicos e incluso de políticos, medios de comunicación, organismos multilaterales, etc., que velan por aventajar a las empresas extractivistas con reformas legales.

Las violencias atadas a los extractivismos y su alcance vía “puertas giratorias” tienen una implicación profunda en el ejercicio de la democracia dentro de los países. Gracias a la violencia y a la capacidad de cooptar instituciones estatales, los capitales transnacionales extractivistas adquieren la posibilidad no solo de moldear los esquemas legales de los países: pueden incluso poner freno a mandatos populares celebrados en consultas populares, mandatos planteados desde los parlamentos, poseer sus propias fuerzas paramilitares, y hasta pueden violentar la soberanía territorial de los países. También, los capitales transnacionales pueden entrar en alianzas con los gobiernos para, por ejemplo, facilitar la ampliación de las fronteras extractivas. Tal fue el caso, en Latinoamérica, de varios gobiernos – tanto “progresistas” como neoliberales – que, aliados con capitales extractivos, fomentaron la ampliación de las fronteras extractivistas al mismo tiempo que se ridiculizó y criminalizó la lucha de los defensores de la Naturaleza (casos concretos pueden encontrarse en Ecuador o Bolivia).

En ciertos puntos sería como si el Estado-Nación en las sociedades periférico-dependientes pudiera ser pasado por encima, o volverse un mero instrumento, que facilita la expansión hasta geopolítica de los capitales extractivistas. Ejemplo de ello es Latinoamérica, que se ha ido tambaleando entre servir de proveedora de recursos primarios a la economía norteamericana y europea, o a la economía china en tiempos más actuales. Todo, sin importar que esas relaciones económico-políticas se vuelvan lesivas para los pueblos. Así, vemos que hay motivos para creer que extractivismos y democracia no se llevan nada bien.

### **La “cultura del milagro” como amenaza de la democracia**

En el capitalismo, la democracia posee serios límites, pues el poder económico del capital suele cooptar al poder político. Grandes campañas mediáticas –a veces de millones de dólares– junto con todo un acervo de contactos, millonarios partidos políticos contruidos alrededor de caudillos, y demás estructuras, vuelven casi imposible que los sectores populares y las clases trabajadoras puedan realmente acceder y ejercer el poder gubernamental (y si llegan a alcanzarlo, no tardan mucho en ser absorbidos). A la vez, la acumulación capitalista sofoca los intentos de organización autónoma de la sociedad, sea indirectamente a través de mecanismos hegemónicos transmitidos hasta en el consumismo, o directamente con el uso de la fuerza.

Tales límites de la democracia en el capitalismo se exacerbaban en aquellas sociedades agobiadas por la “maldición de la abundancia”, donde los gobiernos buscan garantizar su permanencia

con prácticas autoritarias y clientelares, además de aliarse con empresas voraces y también clientelares. Así, en el capitalismo periférico-dependiente y extractivista, la democracia se distorsiona con un manejo dispendioso de los ingresos obtenidos por las rentas naturales, junto con la ausencia de planificación económica. Como resultado, la institucionalidad primario-exportadora se vuelve una suerte de “caricatura deforme” de la institucionalidad de los países centrales (que, aclaremos, tampoco sirve de modelo si se busca una auténtica democracia).

África es un ejemplo vivo –y lacerante– en donde la crueldad y muerte asociadas a los extractivismos (minería en particular) se conjugan con la acumulación de grandes capitales transnacionales. Por ejemplo, Deneault et al. (2008) evidencian cómo las guerras de la República Democrática de Congo –los conflictos armados más mortales desde la Segunda Guerra Mundial– tuvieron como origen el control de los yacimientos minerales y petroleros del este del país africano. La historia igualmente es cruenta en Nigeria. Por su parte, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes, entre otros países árabes (de ingentes recursos financieros y elevados ingresos per cápita) no logran incorporarse en la lista de países *desarrollados*: la inequidad registrada en muchos ámbitos –como el género y lo étnico– es intolerable y sus gobiernos, además de no ser democráticos, se caracterizan por profundas prácticas autoritarias (combinadas con múltiples desigualdades de género, étnicas y similares).

Respecto a América Latina, la región tiene amplia experiencia en este campo. Venezuela ha sido desde inicios del siglo XX un ejemplo paradigmático. Brasil tampoco se queda atrás, más aún con el surgimiento de Bolsonaro. Otros países latinoamericanos también han registrado períodos autoritarios en estrecho vinculados a la modalidad de acumulación primario-exportadora. Incluso, si se revisa el peso que los productos primarios históricamente han presentado en varios países de la región, hay tendencias que refuerzan la tesis de que los extractivismos no son favorables a la democracia.

Más allá de los detalles de cada país latinoamericano, Sudamérica ejemplifica la combinación de países con alta dependencia en exportaciones primarias (y muchos viviendo importantes procesos de reprimarización), y democracias frágiles: en la región, más allá de neoliberalismo o del “progresismo”, los autoritarismos, los golpes de Estado, y la inestabilidad, siguen siendo parte de la vida política. Y todo porque América Latina durante el aumento de los precios de los *commodities*, en la primera década de los años 2000, buscó ampliar los extractivismos buscando ingresos para impulsar ambiciosos proyectos *desarrollistas* y sostener programas de apoyo o de transferencias a una sociedad con muchas carencias y que cada vez exige más. Todo eso sin pensar en transformaciones estructurales que permitan la superación del propio extractivismo.

De hecho, las demandas sociales son uno de los mayores alicientes – y hasta de los mayores legitimadores en los discursos políticos – para mantener y apoyar las actividades primario-exportadoras. Los gobiernos “progresistas” y neoliberales, buscaron fijar la atención a esas demandas sociales como justificativo para los extractivismos. Sin embargo, luego de más de una década de derroche y desperdicio, los problemas estructurales de la región persisten e incluso se han agravado por la crisis global asociada al coronavirus.

En general, durante las bonanzas, varios gobiernos de economías ricas en recursos naturales han llegado incluso a plantear discursos falaces en donde se hablaba de la “superación del subdesarrollo”. Un caso que más recordará la historia reciente es el del Irán, del Sha Reza





Phalevi, uno de los mejores socios de Estados Unidos en el Medio Oriente quien, alentado por los elevados ingresos petroleros que recibía su país en los años setenta del siglo XX, aseguraba que antes del año 2000 su país estaría entre las cinco naciones más ricas y poderosas del planeta. El sueño no duró mucho, su gobierno fue derrocado por una amplia movilización popular impulsada por los ayatolas.

Como afirma Fernando Coronil (2002) para Venezuela (y quizá extrapolable a otros países), en estas economías aflora un “Estado mágico”, capaz de desplegar la “cultura del milagro”. Gracias a los cuantiosos ingresos por exportaciones de petróleo o minerales, muchas veces los gobernantes se asumen como portadores – hasta sagrados – de la voluntad colectiva y tratan de acelerar el salto hacia la ansiada modernidad occidental (capitalista). Y así surgen los – fugaces – modelos milagrosos, como pasó en Ecuador en pleno boom de los *commodities* durante el gobierno de Rafael Correa: en 2014 se auguraba un “milagro ecuatoriano” en donde se habrían superado las contradicciones entre el capital y el trabajo; en contraste, desde 2015 hasta la actualidad, el país ha permanecido en un estancamiento económico del cual no logra salir y que se ha vuelto un auténtico colapso económico tanto por la crisis del coronavirus como por las medidas de corte neoliberal arrancadas por el propio gobierno correísta y continuadas por su sucesor, Lenín Moreno.

Los extractivismos permiten que surjan Estados rentistas y paternalistas, cuya incidencia está atada a la capacidad política de gestionar una mayor o menor participación de la renta extractiva. Son Estados que al monopolio de la violencia política añaden el monopolio de la riqueza natural (Coronil, 2002). Aunque parezca paradójico, este tipo de Estado muchas veces delega parte sustantiva de las tareas sociales a las empresas petroleras o mineras y abandona amplias regiones. Y en estas condiciones de “desterritorialización”, se consolidan respuestas propias de un Estado policial que reprime a las víctimas del sistema al tiempo que deja de cumplir sus obligaciones sociales y económicas. Ejemplo de esta situación es la región Amazónica en Ecuador, la cual pese a ser la sede de varios proyectos de extractivismo petrolero, muchas veces vive en el abandono por parte del Estado y ni siquiera llega a aprovechar de parte significativa de las propias rentas petroleras (y un futuro similar se espera en el país con el avance de la megaminería).

En estas economías extractivistas de enclave se configuran estructuras y dinámicas políticas voraces y autoritarias. Su voracidad, particularmente durante los booms exportadores, se plasma en un aumento muchas veces desproporcional del gasto público y sobre todo una discrecional distribución de recursos fiscales: un verdadero despilfarro, como se viviría en el caso del “milagro ecuatoriano” (Acosta y Cajas-Guijarro 2018). Este ejercicio político se explica también por el afán de los gobiernos de mantenerse en el poder y/o por su intención de acelerar varias reformas *desarrollistas* dominadas por visiones de colonialidad (que margina y reprime los conocimientos y prácticas ancestrales y hasta condena a muerte a sus portadores). Este incremento del gasto y las inversiones públicas es también el producto del creciente conflicto distributivo que se desata entre los más disímiles grupos de poder. De hecho, durante el desperdicio de la bonanza, varios grupos económicos privados buscan “enchufarse” con la expansión del Estado para consolidar sus procesos de concentración y centralización del capital; nuevamente el caso ecuatoriano brinda un ejemplo de dicha dinámica (Acosta y Cajas-Guijarro 2020). Como reconoce Jürgen Schuldt (2005): “se trata, por tanto, de un juego dinámico de horizonte infinito derivado endógenamente del auge. Y el

gasto público –que es discrecional– aumenta más que la recaudación atribuible al auge económico (política fiscal procíclica)”.

Este “efecto voracidad” provoca la desesperada búsqueda y apropiación abusiva de parte importante de los excedentes generados en el sector primario-exportador. Ante la ausencia de un gran acuerdo nacional y democrático para manejar los recursos naturales, sin instituciones democráticas sólidas (que sólo pueden construirse con una amplia y sostenida participación ciudadana), sin respetar los Derechos Humanos y de la Naturaleza, emergen diversos grupos de poder no-cooperativos desesperados por obtener una tajada de la renta extractiva, en particular de las rentas mineras y petroleras. Además, la apertura de amplias zonas boscosas provocada por las actividades mineras y petroleras incentiva a otros extractivismos que, a su vez, causan graves problemas ambientales y sociales, como las madereras o las plantaciones para monocultivos.

En la disputa por la renta natural intervienen, sobre todo, las empresas transnacionales involucradas directa o indirectamente en dichas actividades y sus aliados criollos, la banca internacional, amplios sectores empresariales y financieros, incluso las Fuerzas Armadas, así como algunos segmentos sociales con incidencia política. Igualmente obtiene importantes beneficios la “aristocracia obrera” vinculada a los extractivismos. Y para el desenvolvimiento de esta pugna distributiva, altamente conflictiva, se demanda el surgimiento de gobiernos autoritarios. No es novedad que varios países especializados en las exportaciones de productos primarios sean gobernados con “mano dura”, sea con dictaduras militares como en la América Latina de las décadas de los 60 a los 80 o incluso con gobiernos neoliberales o “progresistas” que no dudan en emplear mecanismos represivos para acallar a quienes se oponen a los extractivismos incluso en sus propios territorios.

En muchos países primario-exportadores, los gobiernos y las élites dominantes, la “nueva clase corporativa”, capturan no sólo el Estado (sin mayores contrapesos), también cooptan a importantes medios de comunicación, encuestadoras, consultoras empresariales, universidades, fundaciones y estudios de abogados. Así las cosas, incluso la privatización y la creciente mercantilización del conocimiento están a la orden del día. Hasta la ciencia es cada vez más dependiente de poderes hegemónicos que apuntan a la apropiación sistemática de la Naturaleza y el control de territorios estratégicos. Desde todos estos espacios surgen discursos que buscan legitimar a los extractivismos, vendiéndolos en varios casos como la única “salvación” para que las crisis recurrentes que viven las sociedades empobrecidas; discurso que persiste pese a que, en casos como Latinoamérica o África, décadas de extractivismos no han superado al subdesarrollo.

Así, las grandes transnacionales extractivistas devienen en un actor político privilegiado por poseer “niveles de acceso e influencia de los cuales no goza ningún otro grupo de interés, estrato o clase social” y, aún más, que les permite “empujar la reconfiguración del resto de la pirámide social (...) se trata de una mano invisible en el Estado que otorga favores y privilegios y que luego, una vez obtenidos, tiende a mantenerlos a toda costa”, asumiéndolos como “derechos adquiridos” (Durand, 2006).

Esta realidad conlleva múltiples costos económicos: la subvaluación de las ventas externas o la sobrevaluación de los costos para reducir el pago de impuestos o aranceles; aparición de eventuales e incluso sorpresivas reducciones de la tasa de extracción para forzar mayores beneficios; creciente presencia de intermediarios de todo tipo que dificultan la producción y



encarecen las transacciones; incluso la reducción de las inversiones sectoriales, al menos por parte de las empresas más serias. Por otro lado, depender tanto de la generosidad de la Naturaleza margina los esfuerzos de innovación productiva e incluso de mercadeo. Asimismo, con la “maldición de la abundancia”, aparece la “deuda eterna”. En pleno auge económico, la deuda pública, en particular externa, crece en desproporción con respecto al *boom* propiamente dicho (es cierto que también crece por condiciones externas derivadas de las demandas de acumulación capitalista). Aquí asoma nuevamente el “efecto voracidad”, manifestado por el deseo de participar en el festín de los cuantiosos recursos de la banca internacional (privada y multilateral) o de países como China, corresponsables, junto a los organismos multilaterales, del grave endeudamiento externo de los países empobrecidos.

Por su parte, la elevada recaudación derivada de la explotación de los recursos naturales hace que los gobiernos descuiden otros ingresos fiscales, como el *impuesto a la renta*. En realidad, despliegan una mínima presión tributaria. Esto, como reconoce Schuldt, “malacostumbra” a la ciudadanía, y sobre todo permite que los grupos de poder económico aceleren su acumulación capitalista. Así, la población espera obras, sin exigir al gobierno transparencia, justicia, representatividad y eficiencia: un ejemplo es aquel lugar común de que un gobernante ladrón no es tan problemático si “hace obra”. Un tema preocupante pues la demanda por representación democrática en el Estado, recuerda Schuldt (2005), surgió generalmente como resultado de los aumentos de impuestos. Por ejemplo, en Gran Bretaña hace más de cuatro siglos y en Francia a principios del siglo XIX.

Las lógicas del rentismo y del clientelismo, incluso del consumismo, impiden construir ciudadanía y democracia. Y estas prácticas clientelares, al alentar el individualismo, desactivan las acciones colectivas, afectando a las organizaciones sociales y, más grave, al sentido de comunidad. Dada la descomposición institucional, incluso cualquier empatía con el Estado-Nación puede perderse dentro de la población. A su vez, estos gobiernos tratan de subordinar a los movimientos sociales y, si no lo logran, plantean estructuras paralelas controladas por el propio Estado.

Sin minimizar la importancia de cubrir niveles de consumo adecuado sobre todo para la población tradicionalmente marginada, no faltará quien –ingenuamente- vea en el consumismo hasta elementos democratizadores, sin considerar ni los patrones de consumo importados que se consolidan ni que la creciente demanda se satisface, casi siempre, con la oferta de grandes grupos económicos (varios de los cuales incluso concentran la conexión económica de los países con el resto del mundo). El auge consumista, que puede durar mientras dure la bonanza, es una cuestión hasta psicológica y política. Este incremento del consumo material se confunde con una mejoría de la calidad de vida, en clara consonancia con el carácter fetichista de las mercancías. Así los gobiernos ganan legitimidad desde el consumismo, algo que no es ambiental ni socialmente sustentable y que se desvanece cuando caen los precios de los productos primarios en el volátil mercado internacional; y con la caída de precios, viene el desencanto de la población, el deterioro de las condiciones de vida y el espacio político oportuno para el surgimiento de corrientes aún más autoritarias y hasta fascistas.

En estas economías se mantiene una inhibidora “mono-mentalidad exportadora” que ahoga la creatividad y los incentivos de los productores nacionales que habrían estado dispuestos –potencialmente– a invertir en ramas de alto valor agregado y de retorno. También en el seno de los gobiernos, e incluso entre los ciudadanos, se difunde esta “mentalidad pro-

exportadora” casi patológica. Todo esto lleva a despreciar las potencialidades humanas, colectivas y culturales disponibles en el país. Se impone una suerte de *ADN-extractivista* en toda la sociedad, empezando por sus gobernantes.

Los gobiernos de estas economías primario-exportadoras no sólo cuentan con importantes recursos –sobre todo en las fases de auge– para asumir la necesaria obra pública, sino que pueden desplegar medidas y acciones dirigidas a cooptar a la población para asegurar una base de ‘governabilidad’ que posibilite introducir las reformas y cambios que consideran pertinentes. Pero las buenas intenciones desembocan, con frecuencia, en ejercicios gubernamentales autoritarios y mesiánicos que se ocultan tras ‘democracias delegativas’, exacerbadas con las lógicas extractivistas.<sup>6</sup>

Además, la mayor erogación pública en actividades clientelares reduce las presiones latentes desde la población por una mayor democratización. Se da una suerte de *pacificación fiscal*, dirigida a reducir la protesta social (al menos, mientras las rentas extractivas lo permiten). Aquí observamos los diversos bonos, transferencias, programas de asistencia social y similares empleados para paliar la extrema pobreza, sobre todo aquellos enmarcados en un clientelismo puro y duro. Tales mecanismos incluso son perversos: aprovechando las claras urgencias de los más desposeídos, se busca comprar lealtades – y otros sentimientos – aprovechando las rentas extractivas.

Los altos ingresos de los gobiernos también les permiten desplazar del poder y prevenir la configuración de grupos y fracciones de poder contestatarias o independientes, que puedan demandar derechos políticos y otros (derechos humanos, justicia, cogobierno, etc.). Incluso se destinan cuantiosos recursos para perseguir a los contrarios y a quienes no entienden las “bondades indiscutibles” de los extractivismos. Estos gobiernos asignan cuantiosas sumas de dinero para reforzar sus controles internos incluyendo la vigilancia y la represión, o crean las condiciones para que sus opositores directamente sean exterminados por fuerzas paramilitares. Así, sin una efectiva participación ciudadana, e incluso con el miedo a un Estado autoritario capaz de descartar a sus opositores, se vacía la democracia, por más que se consulte repetidamente al pueblo en las urnas.

### **A más extractivismo menos democracia**

La elevada dependencia en los recursos naturales no renovable, en muchas ocasiones, lleva a la constitución de gobiernos poco democráticos (por decir lo menos). Como anota Gudynas (2015) “existe una mutua relación: los extractivismos presionan hacia delegaciones democráticas más autoritarias, y a su vez, a los presidencialismos de este tipo les resulta más importante asegurarse beneficios económicos desde los extractivismos, aún a costa de la conflictividad social”.

Estos regímenes extractivistas, de un presidencialismo exacerbado, con un enfoque clientelar de atención de demandas sociales, no abordan estructuralmente las causas de la pobreza y marginalidad. Mientras los significativos impactos ambientales y sociales, propios de estas actividades extractivistas a gran escala, aumentan la ingobernabilidad, lo que a su vez exige

---

<sup>6</sup> Los gobernantes legitiman su accionar extractivista en su triunfo electoral, con lo que a la postre terminan por deteriorar la misma institucionalidad democrática. Tema que aborda detalladamente Eduardo Gudynas (2015).



nuevas respuestas represivas. En ese contexto, el ejercicio de la democracia – y hasta de las libertades – se supedita a los ciclos de los precios de los commodities.

I. Mientras se carezca de una adecuada institucionalidad, serán considerables los costos ambientales, sociales, políticos e incluso económicos (relacionados al uso de la fuerza pública) necesarios para controlar los enfrentamientos que provocan, por ejemplo, la minería a gran escala o la actividad petrolera. A esto se agrega la inestabilidad social de otras actividades productivas motivadas a crecer alrededor de los territorios enfermos de extractivismos (como en las zonas de influencia minera, por ejemplo, donde las violencias y la degradación generan el surgimiento de múltiples pandemias sociales). Todo esto demanda de los gobiernos extractivistas, independientemente de su filiación ideológica discursiva, respuestas – autoritarias – que frenen la disidencia, y que no dudan en emplear las fuerzas del Estado incluso para exterminar a quienes se resisten a los extractivismos, sobre todo desde los territorios. Y eso sin mencionar el explícito papel que pueden llegar a tener agentes paramilitares incluso en el control de actividades extractivas: nuevamente se puede tomar como ejemplo a la minería.

II. Los efectos de estos conflictos y violencias también afectan a los gobiernos seccionales, municipales, por ejemplo. Estos pueden ser atraídos por los cantos de sirena de las empresas dedicadas al extractivismo masivo, que les ofrecerán algunos aportes financieros, obras de infraestructura, servicios sociales, etc. No obstante, tarde o temprano, los costos y conflictos – incluso socioambientales – de esta compleja y conflictiva relación entre las comunidades, las empresas y el Estado se vuelven inmanejables. Los planes de “desarrollo” locales estarán en riesgo, pues las actividades vinculadas a la minería o al petróleo tienen supremacía, incluso muchas veces hasta sobre la justicia; no sorprende, entonces, que esto pueda terminar por aniquilar aquellos planes elaborados participativamente y con conocimiento de causa por las poblaciones locales. A eso sumar que el poder de los capitales extractivos tiene la capacidad de influenciar hasta en la justicia, al punto de dejar impunes crímenes contra defensores de la Naturaleza (aquí puede citarse, por ejemplo, el exterminio de líderes sociales).

Para cerrar este punto sobre el impacto de la lógica primario-exportadora sobre la vida política de un país, debe recordarse que las economías extractivistas normalmente deterioran grave e irreversiblemente el medio ambiente natural y social en el que se desempeñan. Ese deterioro, a la larga, genera problemas económicos, sociales y ambientales que pueden generar problemas irreversibles, desde el agotamiento de varios recursos no renovables (e incluso renovables) hasta la caída en el bienestar de la población. Y mientras el bienestar se deteriora, la política se carcome entre el clientelismo, el rentismo y la subordinación a los capitales transnacionales.

Y todo esto demanda violencias y agresiones de diversa índole. Para colmo, todas estas contradicciones se exacerban cuando no se encuentra un nuevo producto de exportación que reemplace a aquellos en crisis. Es en ese momento que los fantasmas de la “ausencia de alternativas” fomentan la búsqueda de nuevos extractivismos incluso en actividades que previamente no se veían como rentables: en crisis, cualquier quimera extractivista se vuelve seductora, sin importar las vidas que se sacrifiquen en el camino.

A su vez, los gobernantes extractivistas, que asumen el papel de la Santa Inquisición para proteger la fe extractiva, apuntalados con los infaltables expertos de los cenáculos extractivistas, al arremeter contra los herejes ni siquiera debaten con argumentos, sino que caricaturizan, amenazan y descalifican a los contrarios, impidiendo cualquier debate mucho

más profundo. Y esa lógica se transmite y se vuelve habitual incluso dentro de la propia población.

En síntesis, los gobernantes –neoliberales o “progresistas”– se aferran como náufragos a una sola tabla de salvación: acentuar la especialización en producir y exportar materias primas. De hecho, asumen esta visión ideológica, casi como una teología, sin importar la depredación humana y de la Naturaleza que provocan. Defienden una ideología consumista, con el mercado como único regulador de las relaciones socioeconómicas, y donde la explotación y la dominación son su razón de ser. Además, estos gobiernos son fervientes cultores de la religión del crecimiento económico. Todos estos factores impiden construir una visión más lúcida de los caminos a seguir para llegar a una vida digna y armoniosa para todos los seres humanos y de ellos con la Naturaleza. Podríamos incluso afirmar que mientras los países sigan encadenados a la dependencia capitalista y extractivista, la democracia será un mero formalismo.

Por tanto, en respuesta a la “maldición de la abundancia”, urge una gran transformación pensada y ejecutada desde la vigencia de los Derechos Humanos y de la Naturaleza. Todo en clave de alternativas civilizatorias que enfrenten estos tiempos de crisis exacerbada por la pandemia del coronavirus, y que se irán complicando incluso después de la pandemia. A la final, la mayor amenaza a la democracia siempre termina siendo el dominio de una civilización basada en la desigualdad.

## Referencias

- Acosta, A. (2009). La maldición de la abundancia. CEP, Swissaid y Abya-Yala. Quito.
- Acosta, A. (2009). “Maldiciones que amenazan la democracia”. Nueva Sociedad, N° 229 / Septiembre - Octubre 2010. Disponible en <https://www.nuso.org/articulo/maldiciones-que-amenazan-la-democracia/>
- Acosta, A. (2012). “Delirios a gran escala - Correa en los laberintos de la megaminería”.Rebellion.org, enero 11 de 2012. Disponible en: < <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=142708> >
- Acosta, A. (2016). “Las dependencias del extractivismo - Aporte para un debate incompleto”, Revista *Aktuel Marx* N° 20, Nuestra América y la Naturaleza, Santiago de Chile.
- Acosta, Alberto; “Extractivism, the curse of plenty”, en el libro de varios autores y autoras editado por Ernesto Vivares (2020). *The Routledge Handbook to Global Political Economy*, Routledge, Nueva York.
- Acosta, A. y Cajas-Guijarro, J. (2017). “Cruda realidad - Corrupción, extractivismos, autoritarismo”, <http://www.rebellion.org/docs/230588.pdf>
- Acosta, A. y Cajas-Guijarro, J. (2018). Una década desperdiciada. Las sombras del correísmo. CAAP, Quito.
- Acosta, A. y Cajas-Guijarro, J. (2020). “El “hocico de lagarto ecuatoriano”. Entre desigualdades coyunturales y estructurales”, en el libro de varios autores coordinado por Carlos Pástor (2020). *Concentración económica y poder político en América Latina, México*, Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Acosta, A. y Brand, U. (2017). Salidas del laberinto capitalista – Decrecimiento Postextractivismo, ICARIA, Barcelona.
- Acosta, A., Cajas-Guijarro, J., Hurtado, F. y Sacher, W. (2020). El festín minero del siglo XXI ¿Del ocaso petrolero a una pandemia megaminera?. Abya-Yala, Quito. (En prensa)
- Bhagwati, J. (1958). “Immiserizing growth: A geometrical note”, *Review of Economic Studies*, 25(3).
- Brand, U. y Wissen, M. (2017). *Imperiale Lebensweise - Zur Ausbeutung von Mensch und Natur in Zeiten des globalen Kapitalismus*, Oekom Verlag, München.
- Cajas-Guijarro, J. y Pérez-Oviedo, W. (2019). “Center-Periphery Structures and Dependency: A Theoretical and Methodological Proposal”. Disponible en SSRN: <http://ssrn.com/abstract=3488904>, <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3488904>
- Coronil, F. (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela-Nueva Sociedad, Caracas.



- Durand, F. (2006). *La mano invisible en el Estado. Efectos del neoliberalismo en el empresariado y la política*, Desco/FES, Lima.
- Gudynas, E. (2009). “La ecología política del giro biocéntrico en la nueva Constitución del Ecuador”, *Revista de Estudios Sociales*, No. 32, Bogotá, 2009.
- Gudynas, E. (2013). “Extracciones, extractivismos y extrahecciones - Un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales”, en *Observatorio del desarrollo*, N° 18, febrero 2013. Ver: <http://www.extractivismo.com/documentos/GudynasApropiacionExtractivismoExtraheccionesOdeD2013.pdf>
- Gudynas, E. (2015). *Extractivismos – Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*, Claes y CEDIB, Cochabamba.
- Gudynas, E. (2017). *Naturaleza, extractivismos y corrupción. Anatomía de una íntima relación*, La Libre, Cochabamba.
- Kondratieff, N. (1935). “The long waves in economic life”. *The Review of Economic Statistics*, Vol. XVII, No. 6.
- Pinto, A. (1970). “Naturaleza e implicaciones de la "heterogeneidad estructural" de la América Latina”. *El Trimestre Económico*. Vol.37. No.145.
- Quijano, A. (2001). “Colonialidad del Poder, Globalización y Democracia”, en *Tendencias básicas de nuestra era*. Instituto de Estudios Internacionales Pedro Gual. Caracas.
- Schuldt, J. (1994). *La enfermedad holandesa y otros virus de la economía peruana*, Universidad del Pacífico, Lima.
- Schuldt, J. (2005). *¿Somos pobres porque somos ricos? Recursos naturales, tecnología y globalización*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.
- Schuldt, J. y Acosta, A. (2006). “Petróleo, rentismo y subdesarrollo: ¿Una maldición sin solución?”, *revista Nueva Sociedad*, No. 204, Buenos Aires, julio/agosto 2006.
- Stiglitz, J. (2006). *Cómo hacer que funcione la globalización*. Taurus. Madrid.
- Watts, M. J. (1999). “Petro-Violence. Some Thoughts on Community, Extraction, and Political Ecology”, *Working Papers*, Institute of International Studies, University of California, Berkeley. Disponible en <https://escholarship.org/uc/item/7zh116zd>